



Editorial



Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, F.Sp.S.
Presidenta de la CLAR

El interés por abordar el tema de *La Reforma* en este número de nuestra revista, se debe, a que conmemoramos los 500 años del inicio del movimiento de la Reforma protestante. La Iglesia Católica y Luterana han hecho una Declaración conjunta que nos invita a todas y todos a *pasar del conflicto a la comunión*, a dar *un testimonio común*. Esta conmemoración es, para la Vida Consagrada, *una ocasión para reflexionar sobre la posibilidad de que su experiencia teológica y carismática sea leída como pedagogía de la actividad ecuménica*.

Esta conmemoración no ahorra el dolor que toda división genera. Pero este hecho, visto a la distancia y desde la fe, nos recuerda una realidad: “En todo interviene Dios para nuestro bien” (Rm 8,28) y que crecemos y maduramos muchas veces a partir de las crisis y dificultades; nuestro sentido de identidad y pertenencia se fortalece y purifica frente a lo diverso. Entiendo que lo que conmemoramos no son las discusiones que se dieron, los enfrentamientos, las incomprensiones, ni las posturas férreas o apasionadas... Lo que conmemoramos es lo que el Espíritu Santo va realizando durante la historia, las llamadas que nos va haciendo a través de estos acontecimientos que no quisiéramos que hubieran sucedido, pero que se dan por el hecho de ser humanos.

En esta revista profundizamos este hecho de *La Reforma* que ha marcado la historia de la Iglesia y de la humanidad, haciendo historia y una relectura desde el hoy. Hemos aprendido mucho de La Reforma, de aquella que inició M. Lutero, quien *contribuyó de manera sustancial al cambio radical de la realidad eclesial y social de Occidente (Juan Pablo II)*, y de *La Reforma* que se estaba dando también al interno de la misma Iglesia Católica. La necesidad de *La Reforma* era un anhelo común, pero los caminos que se tomaron para hacerla fueron distintos.

La Vida Consagrada de hace 500 años se sintió invitada por el Espíritu a retomar el seguimiento de Cristo volviendo a la radicalidad evangélica. *La Reforma protestante, las expresiones del Renacimiento y las reformas eclesiales constituían un único fenómeno epocal*. Algunas Órdenes Religiosas sufrieron porque una parte de ellas entendía que para seguir siendo fieles al Evangelio y al carisma de los fundadores y fundadoras necesitaba renovarse, reformarse, refundarse. Es el caso de Santa Teresa: *El corazón de su reforma nace del llamado a vivir con radicalidad el seguimiento de Jesús y la oración interior como camino de amistad con el Señor y para ayudar a la unidad de la fe cristiana en una Iglesia herida hasta el punto del cisma*. San Ignacio de Loyola y San Felipe Neri también impulsados por el Espíritu Santo y urgidos por la necesidad de *comenzar desde Cristo*, inician cada uno de ellos un movimiento que encanta y desencadena el renacer de la belleza de la radicalidad evangélica. Muchos santos y santas experimentaron este mismo impulso y respondieron con audacia y coherencia.

Los artículos de este número de nuestra Revista abordan *La Reforma* desde diferentes puntos de vista, desde las diferentes maneras de comprender este término. Lo más importante es que nos ayudan a darnos cuenta de que en cualquier momento de la historia, el Espíritu puede hacernos ver que es necesario cambiar algo, que es preciso rescatar lo esencial, que hay que volver a lo que es el verdadero sentido de nuestra vida, que los odres deben renovarse. Estamos viviendo, como Vida Consagrada, momentos difíciles y apasionantes que necesitamos afrontar con valentía, audacia y creatividad como lo hicieron aquellas santas y santos de esa época. Tal vez hoy *La Reforma* la entendemos como reconfiguración. Necesitamos reconfigurarnos, comenzando desde el interior, desde una nueva manera de vivir y encarnar la espiritualidad, desde una vuelta a lo que nos da identidad, a lo que nos

devuelve nuestro talante místico y profético, que como dice el Papa Francisco, es lo más propio de la Vida Consagrada.

Con el Concilio Vaticano II ha comenzado un camino ecuménico que debe todavía fortalecerse más. Han sido «*cincuenta años de constante y fructuoso diálogo ecuménico entre Católicos y Luteranos [que] nos ha ayudado a superar muchas diferencias, y [que] ha hecho más profunda nuestra mutua comprensión y confianza*» (*Declaración conjunta. Con ocasión de la Conmemoración conjunta Católico-Luterana de la Reforma, Lund, 31 de octubre de 2016*).

La Vida Consagrada no ha escrito mucho sobre el diálogo ecuménico, pero ha hecho un camino de comunión en lugares y situaciones concretas, donde quienes evangelizan, desde diferentes confesiones, se encuentran en la reflexión orante de la Palabra, en la sensibilidad a la acción del Espíritu en la oración y en la vida, en compromisos solidarios en favor de la dignidad humana y el cuidado de la Creación; en una palabra, se encuentran en la pasión que habita a cada una y cada uno por construir Reino; y desde ahí coinciden profundamente y trazan metas comunes que los fortalecen en su misión y los llevan a dar testimonio de unidad y comunión que hace más creíble y cercano el amor y la compasión de Dios a nuestros pueblos.

La CLAR en su Pan Global, nos habla de la cultura del encuentro, *una cultura que sabe entrar en diálogo ecuménico e interreligioso, que va más allá de los prejuicios externos e internos para fomentar una eclesiología de comunión y participación incluyente...*¹. Como Vida Consagrada Latinoamericana y Caribeña nos comprometemos, en esta conmemoración, a ser mediación de unidad y comunión para *hacer que acontezca* el deseo de Jesús: “Padre, que todos sean uno. Como Tú, Padre, en mí y Yo en ti, que ellos también sean uno en nosotras/os, para que el mundo crea” (Jn 17, 20-26). Que juntas y juntos, como bautizados en el mismo nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu, y enviados por Él a evangelizar, *salgamos aprisa al encuentro de la vida*.

¹ “*Salgamos aprisa al encuentro de la vida*”. Horizonte Inspirador de la Vida Consagrada en América Latina y el Caribe 2015-2018, pág. 9.